

PRÓLOGO

Recién cumplido un siglo del nacimiento de Severo Ochoa (Luarca, 1905), la responsabilidad de prologar este segundo número de nuestra querida revista de Facultad se presenta como una oportunidad irrenunciable para reflexionar sobre el legado de este científico y español universal. Nosotros, biólogos en ejercicio o en formación, debemos tener conciencia clara de que la calidad y proyección actual de la Biología Molecular en España, su peso en la producción científica, en las transferencias de I+D o en la demanda de los diferentes estudios del ámbito de la biología o la salud es parte del fruto de la obra seminal de este hombre. Consciente, no obstante, de no ser capaz en las pocas líneas que siguen de dar la medida justa de esta importancia, he preferido ceñirme a una dimensión de su figura que todo iniciado en la investigación biológica imagino que conoce, y cuya consideración resulta especialmente pertinente suscitar ahora que nos hallamos nuevamente de mudanza, a las puertas de otra de tantas reformas de la enseñanza pública superior.

Es sabido que Severo Ochoa diseñó personalmente su carrera científica y que sometió al abrigo de una cuidada planificación la mayoría de las decisiones que le dieron forma como científico. Que un científico someta al designio de la racionalidad el curso de sus decisiones, no por infrecuente más allá de lo esperable en el seno de nuestra comunidad lo exceptúa a él de la norma de actuación de tantas otras personalidades de las ciencias y de las artes. Lo particular del caso de nuestro compatriota es que lo hiciera allá por los años 20 del pasado siglo siendo, precisamente, compatriota nuestro y utilizando unos patrones de corte moderno, conformes a la más rabiosa actualidad. Veamos. Era aquel un tiempo de profunda crisis social, económica y moral en Europa. Los estados se dolían del brutal fratricidio continental ensimismados en la afirmación política de sus esencias nacionales, encastillados en un proteccionismo reactivo y receloso de la eficacia de la tecnología de guerra alemana y de su poderoso brazo industrial, que tanta admiración habían merecido y tanto pavor sembrado durante la primera contienda mundial. Ajena a esta resaca bélica y a la catarsis de las potencias del entorno, España adolecía de una élite convencida del potencial de progreso económico –y militar– de un sistema nacional de investigación científica, y dilapidaba buena parte de su capital intelectual en una prolongada y compleja crisis de identidad en la que gravitaban el desmantelamiento de sus últimas posiciones coloniales, la debilidad económica y la inestabilidad política. En este laberinto desesperanzador no encontró Ochoa un obstáculo, sino un acicate a su ambición de hacerse una carrera investigadora a la medida, como lo prueba su capacidad de conciliar lo mejor del hacer nacional con la esmerada selección de sus incursiones en equipos europeos de primera línea.

Su despertar al interés por la investigación biológica se produjo en el instituto malacitano de Gaona de la mano de un excelente profesor de química, Eduardo García Rodeja. Una vez envenenado por la pasión de descubrir y decantada su vocación por la investigación médica, tomará la determinación de viajar a Madrid para cursar estudios en la Universidad San Carlos. Estos años son vitales en su maduración personal porque le permiten impregnarse de las mejores propuestas culturales y científicas que podía ofrecer nuestro país en aquel entonces, gracias a su estancia en la famosa Residencia de Estudiantes, donde conoce, por ejemplo, a Federico García Lorca, Salvador Dalí o Luis Buñuel, o traba contacto con insignes científicos visitantes como Einstein, Madame Curie o Cajal. Además, durante este tiempo se fragua su futuro rodar de trotamundos al caer bajo la tutela del catedrático de Fisiología Juan Negrín, figura eminente de la ciencia española de la época, futuro Presidente de la II República, cosmopolita de cuna y convicción y persona clave en la biografía de nuestro protagonista.

Finalizado su Doctorado en 1929, inicia un recorrido internacional por grupos de referencia que él mismo selecciona de cara a garantizarse una sólida formación bioquímica. Abreviando al límite el pormenor sobre más de medio siglo de ininterrumpida investigación de vanguardia, el joven Ochoa comienza su periplo internacional en Alemania, referente obligado de la ciencia de excelencia de buena parte de los siglos XIX y XX, primero en Berlín y en Heidelberg después, donde trabaja a las órdenes de Otto Meyerhoff (Nobel en Medicina en 1922). A continuación se traslada a Londres, esta vez a iniciarse en la Enzimología de la mano de Harold W. Dudley. Más adelante, en 1935, vuelve a casa, para incorporarse a la cátedra Juan Negrín y dirigir el Departamento de Fisiología del Instituto de Investigaciones Médicas (creado en la nueva Facultad de Medicina de la Ciudad Universitaria por el profesor Carlos Jiménez Díaz, otro grande de la ciencia de la época). Sin embargo, el retorno es fugaz, pues en 1936 se suma al éxodo de la Guerra Civil y pasa a integrar la trágica nómina del exilio español. En estos años, Ochoa viaja brevemente a Heidelberg antes de retornar a Inglaterra, inicialmente al Instituto de Biología Marina de Plymouth y más tarde al Departamento de Bioquímica de la Universidad de Oxford, bajo la dirección de Rudolph A. Peters. El estallido de la Segunda Guerra Mundial fuerza su viaje en 1941 a los Estados Unidos, donde encuentra refugio junto a un sinfín de científicos e intelectuales europeos perseguidos por el horror y la estupidez nazi. Allí trabaja el primer año, en la Sant Louis University de Washington, con el matrimonio Cori (Carl y Gerty, laureados con el Nobel en 1947), antes de trasladarse definitivamente a la Escuela de Medicina de la New York University, institución en la que le espera la etapa más productiva –y “sedentaria”– de su fértil carrera científica. Aquí su labor sobre la ARN polimerasa alcanza dimensión universal al merecer la concesión del premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1959, *ex aequo* con su discípulo Arthur Kornberg por su caracterización de la ADN polimerasa. Su biografía itinerante prosigue con una última etapa americana antes de producirse el retorno a España; en 1974 es nombrado Miembro Distinguido del Roche Institute of Molecular Biology en Nutley (New Jersey), donde trabaja hasta diciembre de 1985, fecha en que se produce su incorporación al Centro de Biología Molecular (bautizado con su nombre desde su creación en el año 75) para dirigir a un grupo de jóvenes investigadores.

Hasta aquí el recorrido de una figura eminente de nuestro oficio, presente aún en las pupilas de muchos de nosotros y abocado a un futuro icónico que irá cobrando forma en el hacer de aquellos de vosotros, jóvenes estudiantes e investigadores, que encontréis en su trayectoria un referente iluminador. Y así, hoy en que tanto se nos publicita la movilidad como talismán del nuevo milenio, que con tanto afán se nos convoca a docentes y alumnos a sumarnos entusiásticamente a un sinfín de programas de intercambio (y está bien), el irrefrenable combatiente antidoctrinario que llevo dentro reclama acogerse al ejemplo de nuestro viejo nómada de la bioquímica y recordar que un viaje de estudios que sume al aprendizaje regular (de lo que toca) la oportunidad de ensanchar los límites de lo cotidiano, es impecable como propuesta formativa. Ahora bien, como parte de lo que aparece a la vista en esta materia se me antoja menos salutífero de lo que proclama la publicidad institucional (sea, acaso, por mi rancio modo de entender las cosas), alerta contra el turismo de mochila y reclamo todo el afán por dejarse la piel aprendiendo de los mejores. Temo la endiablada pujanza de los tópicos del momento, como la poética del viajar o el esnobismo plurilingüe, porque puede conducirnos a canalizar nuestros esfuerzos a objetivos desenfocados en tiempo y lugar. Es claro, en mi opinión, que el crecimiento personal, el dominio idiomático o el cultivo del ocio creativo de cualquier índole no pueden reglarse como actividad académica superior; en el mejor de los casos, deberían sumarse a ésta, nunca convalidarse por ella. Y, sin embargo, lamentablemente algo de esto que critico entreveo y entreoigo en la fanfarria oficial y en el *off the record*. El proceso constituyente actualmente en curso de la Universidad española y europea, pretende reducir al mínimo los tiempos formativos de la mayoría de los egresados, lo cual urge, según mi parecer, la vuelta al testimonio vital de los grandes, al que convoco a todo a aquel que pose la mirada en estas líneas. Ochoa consagró su vida al conocimiento y en su busca circunvolucionó el orbe de la ciencia de su tiempo, pero reparemos en que su trashumancia nunca fue una frívola andadura en pro del *chic* internacional, sino un caminar incesante hacia donde se pudiera aprender más y mejor en cada momento. Qué mejor prueba de ello que, de entre los muchos viajes que hizo o el relumbrón de los muchos lugares que visitó, fuese su viaje interior, el de su firme determinación por conocer, el que acabara embarcándole en el más envidiable de los itinerarios imaginados; la inmortalidad.

Emilio Gil Martín.